



















tivos”, lo que habla bien del diseñador, pues lo usual es concebir al libro independientemente del formato de las imágenes; la integridad de éstas se suele sacrificar en favor de una presentación “bonita y original”; los ejemplos que puedo dar son no cientos, sino miles y miles, pues tal es el origen de la mutilación inmisericorde de las imágenes en los libros impresos en México; raramente se respetan, como es en el caso que nos ocupa que equilibra diseño e imagen. Una sola fotografía parece haber sido sacrificada: la de los diputados huertistas de Guanajuato prisioneros, inserta en la página 43, la sentimos asfixiada por el diseño, quizá fue mutilada porque respetarla ameritaba disminuir su proporción, con lo que se afectaría a la nitidez y a la claridad de los rostros; otra solución era colocarla “apaisada”, pero rompería con el diseño lineal pues sería la única fotografía que se colocaría en dicha posición, lo cual se vería como defecto y no como criterio de diseño. El respeto por la imagen es obvio al insertar completas dos fotografías que muestran la tramoya utilizada en el estudio; lo usual hubiera sido mutilarlas, a pesar de la supuesta oposición de la autora, porque los elementos visibles distraen la atención del espectador; sencillamente el diseñador hubiera dicho “los corto porque se ven feos” y ¡zas! la imagen mutilada.

Quizá para mi gusto faltaron pequeñas afinaciones para redondear el estudio, pero suponemos que la autora tuvo presiones para terminarlo, para imprimirlo a la mayor brevedad de tiempo; por ejemplo, me hubiera satisfecho que aclarara el poder adquisitivo del peso para tener una idea de qué se podía comprar con un peso o cincuenta centavos, pues de otra manera uno se queda con la incógnita y es como si no se tuviera el dato; o que se detuviera en el análisis de la lista de los fotógrafos contribuyentes, pues menciona que “a partir de 1897 Leonardo Íñigo aparece bajo el rubro de fotografías... Al año siguiente, 1898, la lista de fotógrafos grabados se ve aumentada con el nombre de Garibay y Compañía...” y no queda claro si antes de dichos años Romualdo García era el único fotógrafo de la ciudad de Guanajuato. Y es que la simpatía de la autora por su personaje a veces la hace perder un poco las proporciones; lo mismo ocurre a causa de su engolosinamiento con los textos, en particular con las citas de las entrevistas a una de las hijas del fotógrafo, pero es que el calor humano transmitido por los textos hace difícil su manejo y una objetividad a todas luces inalcanzable. Otra de las pequeñas fallas es la ausencia de explicación o comentario adicional a las imágenes; la curiosidad por saber quiénes son los personajes retratados queda insatisfecha. Creemos que detalles de este tipo hubieran enriquecido y redondeado el trabajo. Son minucias que a nuestro juicio demeritan un poco el valor del libro. De cualquier manera, esfuerzos de este tipo son encomiables y deben continuarse.

Estudios en los que se domine la nostalgia o el gusto por la belleza de las imágenes, o en los que se limite el juicio negativo fácil entendido como crítica, son escasos; una de esas excepciones es el libro que nos ocupa que integra nostalgia, conocimiento y crítica.

A. de los R.